

# LA JUSTICIA

Ana Cifre

Image not found.

# Capítulo 1

## LA JUSTICIA

De camino al metro, al salir de la Universidad, comienza a correr. Pasa por debajo de los balcones tapándose la cabeza con un brazo. Con el otro agarra los libros que lleva dentro de su chaqueta para que no caigan al suelo. Mientras busca refugio, recuerda la última frase que su profesor de Arte Actual ha comentado en clase, para tratar de encontrarle sentido: "todo es susceptible de ser arte; para que un artista sea un artista sólo es necesario que él mismo se identifique como tal"...

Entonces, ¿todo vale? - reflexiona- ¿Qué pensaría Miguel Ángel?

La llegada a la estación le desvía sus pensamientos.

Atrás deja una Valencia ya anochecida. Hacia arriba, un cielo oscuro que lo cubre todo; y esa sensación de que hay un techo por encima de todos los tejados de la ciudad. Hacia abajo, una intensa lluvia que hace aumentar la humedad del ambiente; y ese perfume a asfalto mojado que lo embriaga todo. En los oídos de Amelia, ahora sentada en el vagón con un libro sobre sus piernas, suena *Home* de Gabrielle Aplin.

Amelia, que siempre destacó por tener una claridad y rapidez mental por encima de la media, no era una alumna de sobresalientes porque nunca le gustó memorizar letras, frases y parrafadas sobre cosas que se podían explicar en dos líneas. Pero ahora en la Universidad ha descubierto otra forma de aprender: investigar y hacer preguntas. Vive en un pequeño pueblo a unos 20 minutos en metro de Valencia. Es una zona de chalets independientes con un pequeño jardín para cada vivienda.

Aparentemente, se trata de una zona refinada. Pero ese refinamiento, al menos en esta zona, solo tiene lugar un par de veces al año; cuando se recibe visitas. La verdad es que el resto del tiempo, sobre todo a la hora de cenar, por las calles pasea una procesión de olores nada cultos, refinados ni distinguidos. Frituras que van desde el embutido hasta las verduras generan ese incienso tan característico.

Amelia llega a casa y para su sorpresa, sus padres no se encuentran en ella. Como tiene trabajo que hacer, no se detiene a tomar algo. Sube a su habitación, se sienta en el escritorio y comienza a leer los libros sobre Arte Actual que ha recogido en la biblioteca. Son muchas las preguntas que

arden en su cabeza. Y lee.

“Es bien sabido que en el siglo XX hubo un cambio de conciencia que afectó al arte. Ese subjetivismo, que a rasgos generales se instauró en un sinfín de movimientos artísticos, continuó avanzando hasta aterrizar en el Arte Actual. Si establecemos unos antecedentes más cercanos, podríamos detenernos en la década de los años sesenta. Nuevas preocupaciones afectaban a la sociedad y, por tanto, requerían de una nueva plataforma donde apoyarse. Así, poco a poco, se fueron dando entrada a nuevos materiales, elementos, lenguajes y prácticas artísticas que han desembocado en una apertura del arte...”

Un tétrico vientecillo se cuela por los oídos de Amelia: un grito. Está demasiado abstraída para darse cuenta y continúa leyendo:

“ El propio cuerpo humano era considerado válido como superficie sobre la que crear arte...”

Esta vez el bramido parece venir de la casa del vecino. Amelia detiene la lectura, apaga la luz y se dirige hacia la ventana para observar. A través del cristal, mientras la respiración lo va dejando empañado intermitentemente, observa lo que sucede.

Más abajo, en la calle, bajo las gotas de frío y lluvia, se encuentra una figura en pie que viste de negro, con un gorro y la cara oculta. Se mueve con nerviosismo, la respiración y el pulso están acelerados. Extrae las manos de los bolsillos, se las frota en el pantalón y vuelve a guardarlas. Dirige con histeria su mirada al cielo, al suelo y a las casas. Nuevamente, saca las manos, las frota y las vuelve a guardar. Otra vez mira a todas partes. De un momento a otro se para ante la valla del jardín y en un impulso la salta.

Amelia observa la escena desde arriba, desde su habitación. El extraño se encamina hacia una de las ventanas del salón. Anda dando pasos irregulares; no está ebrio, no se trata de eso. Da unos pasos largos y otros cortos. Unos rápidos y otros lentos, hasta que para ante el ventanal. Acerca la manos para tapar la luz y, así, ver a través del cristal. Se retira, repite el proceso con las manos y la mirada. De un salto sale del césped de casa de Amelia. Durante media hora el hombre va entrando en los jardines de los vecinos y mirando dentro de las casas. Está siendo visto por toda la manzana. Las llamadas entre ellos comienzan a multiplicarse, pero ni una sola llamada al 091. Se respira un peligroso aire de autonomía para resolver el conflicto.

Comienzan a agruparse vecinos en diferentes puntos de la manzana. Ya han perdido de vista al hombre “misterioso”. El grupo que está debajo de la casa de Amelia habla sobre lo que tienen que hacer. Es Andrés el más atrevido. Patricia, no obstante, se pregunta qué hace ahí tratando de

afrontar un problema que pueden resolver las autoridades. Así que ella se muestra realmente escéptica a todas las proposiciones que hace Carlos:

Podemos capturarlo y una vez amordazado, llamar al 091.

Claro, entonces, ¿qué pistas tendrán de lo que ha pasado? Pensarán que está todo ensayado para ir contra alguien, que, sin lugar a dudas, se declarará inocente - le recrimina Patricia-.

Andrés parece tener motivaciones personales por las que afrontar por sí mismo la situación. Está convenciendo a los demás de que lo inteligente es acabar con esto cuanto antes para que pronto puedan volver todos a sus casas con tranquilidad y, así, asegurarse de que esa persona no vuelva a causar problemas. Es un manipulador cuidadoso. Les hace creer a los demás que serán ellos los beneficiados si se hace lo que él quiere. Son ideas bastante peligrosas y quienes están a su alrededor se dejan llevar por sus argumentos. Excepto Patricia, que, ante el asentimiento de los demás, decide no hacer nada y actuar como espectadora.

Como la sorpresa de un trueno inesperado, el extraño sale corriendo y gritando de detrás de un árbol. Los pasos siguen siendo irregulares, continua el baile con sus manos y los movimientos de cabeza, mirando esta vez a ninguna parte en concreto. Avanza hacia el grupo y para sorpresa de todos, Andrés saca el arma, apunta y dispara. El merodeador cae al suelo, fulminado. De la punta del cañón, un presumido hilo de humo comienza a ascender.

Atónitos, las preguntas comienzan a borbotear en la cabeza de los presentes. Uno de ellos reconoce al individuo: Alejandro, hijo del matrimonio del final de la calle que siempre ha presentado serios problemas psiquiátricos. Unos se preguntan cómo han llegado a esto. Otros tratan de mantenerse en pie y no desmayarse. Patricia reconoce que ha sido un acto injusto, al mismo tiempo que se responde que ninguna muerte es justa. Carlos se acaba de dar cuenta de que tendrá que vivir para siempre con este acto en su mente y que nunca podrá perdonárselo.

- Tal vez habría sido mejor que las autoridades cargaran con esto - piensa.

La cercanía a un cuerpo inerte mantiene congelados a los presentes mientras Amelia llama al 091 desde su habitación. Patricia, por su parte, siente temor. Está traumatizada tras presenciar este golpe de realidad. La consecuencia es el miedo a la propia muerte.